

TRIDUO EUCARÍSTICO

1^{ER} DIA: HORA SANTA POR LA UNIDAD

I. Exposición

Animador:

La unidad de la Iglesia es el deseo de nuestro Señor Jesucristo y, como atestigua el Evangelio de san Juan, se lo pide vehementemente a su Padre. Él quiere que experimentemos en nuestras vidas, la comunión (común-unión) que hay entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Una comunión que es modelo a seguir, que es el principio de un caminar, que llevará a la humanidad a vivir en unidad.

Esta unidad solo es posible lograrla con la guía y la compañía del Espíritu Santo. En este año 2024, nuestro país, busca personas capaces de construir la paz, pues como enseña Jesús en las bienaventuranzas, a los que trabajan por la paz se les llamará hijos de Dios. En este año, en que el Papa Francisco nos pide prepararnos en la oración para recibir el jubileo de la Encarnación en 2025, dedicaremos este momento de adoración a Jesús, para pedirle que nos ayude a cada uno de nosotros a ser colaboradores efectivos para lograr que la Iglesia y el mundo vivan en unidad. Nos ponemos de rodillas para recibir al Señor.

Canto inicial

Se expone el Santísimo como de ordinario con un canto adecuado.

II. Adoración

Terminado el canto, se hace la Invocación inicial y las aclamaciones:

Invocación inicial

- V.** Dios Mío, ven en mi auxilio.
R. Señor date prisa en socorrerme.
Gloria. Como era. Amén.

Aclamaciones

Se repiten tres veces.

- V.** En los cielos y en la tierra sea por siempre alabado.
R. El Corazón amoroso de Jesús Sacramentado.
Padrenuestro. Ave María. Gloria al Padre.

Oración

Animador:

Señor nuestro, Jesucristo, que nos has reunido para adorarte,
y nos permites reconocer tu presencia entre nosotros
en medio de nuestras alabanzas,
concédenos estar atentos a las mociones de tu Espíritu
para que podamos construir la unidad en medio de los que nos rodean.
Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Sentados.

Animador:

La Palabra de Dios nos hace conscientes de la riqueza de la Eucaristía, que alimenta nuestra fe, y nuestra vocación para trabajar como discípulos por construir la unidad. Escuchemos pues esta Palabra.

Lector:

(Jn 17, 11. 17-23)

“Del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, por muchos que sean, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque todos nosotros, judíos o no judíos, esclavos o libres, hemos recibido un mismo Espíritu. Por lo demás, el cuerpo no está compuesto de un solo miembro, sino de muchos. Si el pie dijera: ‘Como no soy mano, no soy del cuerpo’, ¿dejaría por esto de pertenecer al cuerpo? Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿cómo podría oír? Y si todo fuera oído, ¿cómo podría oler?

Con razón Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo como le pareció conveniente. Pues si todo se redujera a un miembro, ¿dónde quedaría el cuerpo? Por eso, aunque hay muchos miembros, el cuerpo es uno. Y el ojo no puede decir a la mano: ‘No te necesito’; ni la cabeza puede decir a los pies: ‘No los necesito’. Al contrario, los miembros del cuerpo que consideramos más débiles son los más necesarios, y a los que consideramos menos nobles, los rodeamos de especial cuidado. También tratamos con mayor decoro a los que consideramos más indecorosos, mientras otros miembros que son presentables no lo necesitan. Dios mismo distribuyó el cuerpo dando mayor honor a lo que era menos noble, para que no haya divisiones en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocupen los unos a los otros. Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él. Si un miembro recibe honores, todos los miembros comparten su alegría.

Ahora bien, ustedes forman el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro de ese cuerpo. Y Dios ha asignado a cada uno un lugar en la Iglesia: primero están los apóstoles, después los que hablan de parte de Dios, a continuación, los encargados de enseñar, luego viene el poder de hacer milagros, el don de curar enfermedades, de asistir a los necesitados, de dirigir la comunidad, de hablar un lenguaje misterioso. ¿Son todos apóstoles? ¿Hablan todos de parte de Dios? ¿Enseñan todos? ¿Tienen todos, el poder de hacer milagros, o el don de curar enfermedades? ¿Hablan todos, un lenguaje misterioso, o pueden todos interpretar ese lenguaje?

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

Silencio para reflexionar, Después continúa el canto.

Canto

**Un solo Señor, una sola fe,
Un solo bautismo,
Un solo Dios y Padre.**

1. Llamados a guardar la unidad del Espíritu,
por el vínculo de la paz,
cantamos y proclamamos.

2. Llamados a formar un solo Cuerpo
en un mismo Espíritu,
cantamos y proclamamos.

Silencio.

Reflexión del Catecismo de la Iglesia Católica

Animador:

La Eucaristía construye la Iglesia, haciendo presente el Cuerpo místico del Señor; en la asamblea que se reúne para alimentarse del cuerpo del Señor, nosotros somos imagen de Cristo vivo, y mostramos su rostro en medio del mundo. Escuchemos ahora las enseñanzas del Catecismo de la Iglesia Católica, en relación al Cuerpo Místico de Cristo.

Lector:

Para comprender el significado de la Iglesia particular, la imagen del cuerpo, utilizada por san Pablo es válida (cfr. 1 Cor 12, 12-30); además nos hace comprender, que en el cuerpo, cada miembro unido a la única cabeza que es Cristo, ayuda a la edificación de la Iglesia (cfr. 1 Cor 12, 1-11).

En la definición de diócesis que nos ofrece el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC), se afirma que en la Iglesia particular está presente toda la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Esto significa que no es solo una parte, ya que, en virtud de la comunión de la única Iglesia de Cristo, manifestada en la colegialidad apostólica de todos los obispos del

mundo con el Sumo Pontífice, se garantiza la presencia salvadora de Cristo en el mundo, siendo esta semilla y germen del Reino.

Se hace un momento de silencio; luego, se proponen las siguientes preguntas, acompañadas de un momento para la reflexión en silencio:

**¿Soy consciente que soy una parte del único Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia?
¿Comprendo que tengo una función y un sentido dentro de ese Cuerpo?**

Continúa el lector:

El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, define a la Iglesia como el *“pueblo, del que se llega a ser miembro mediante la fe en Cristo y el Bautismo, tiene por origen a Dios Padre, por cabeza a Jesucristo, por condición la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, por ley el mandamiento nuevo del amor, por misión la de ser sal de la tierra y luz del mundo, por destino el Reino de Dios, ya iniciado en la Tierra”* (n. 154). El elemento constitutivo de la unidad de la Iglesia, sea universal o particular, es la comunión, la cual se expresa *“por la comunión en la fe y en los sacramentos, con su obispo ordenado en la sucesión apostólica y con la Iglesia de Roma, ‘que preside en la caridad’”* (Ib. n. 167).

El signo por excelencia de la comunión eclesial está en la Eucaristía, *“es fuente y culmen de toda la vida cristiana... Expresa y produce la comunión en la vida divina y la unidad del pueblo de Dios”* (Ib. n. 274).

Se hace un momento de silencio; luego, se proponen las siguientes preguntas, acompañadas de un momento para la reflexión en silencio:

¿Alcanzo a comprender que mi permanencia en el Cuerpo depende de mi participación en la Eucaristía, cuando comulgo el Cuerpo de Jesús? ¿Qué me corresponde hacer para impulsar la espiritualidad de comunión en la comunidad?

Silencio.

Preparación al Jubileo 2025

Lector:

La Eucaristía integra todos los ministerios del Espíritu para ponerlos al servicio del hombre. La Iglesia busca caminos de unidad, caminos de sinodalidad. Somos el pueblo de Dios que camina en la historia con todos los demás pueblos, sin excepción alguna. Nosotros no tenemos alternativa. Somos parte del mismo plan y estamos en el mismo camino que el mundo. El orden y la escala de los problemas de la sociedad globalizada son tales y tienen tal grado de novedad que suscitan perplejidad en todos los niveles de la Iglesia.

Silencio breve.

Hoy muchos temas que requieren nuestra reflexión: la relación más viva entre obispos, sacerdotes y fieles; vivir una espiritualidad de comunión en la Iglesia; el papel del presbiterio en la sociedad actual; el diálogo entre la opinión pública y la Iglesia –sobre temas como justicia, gobierno, economía, familia, sexualidad, etc. El Papa propone que revisemos, con el corazón en la mano, qué tanto hemos asimilado el Vaticano II. La humanidad está herida y enferma; la Iglesia no puede encerrarse en un castillo de la pureza ni pasar de largo como los personajes de la parábola del buen Samaritano. Hay que hacer verdad las primeras líneas de la Gaudium et Spes: “La Iglesia hace suyas las penas y aflicciones de los hombres”.

Silencio breve.

La unidad la sostiene aquel que vive convencido de que el ser humano separado no encuentra redención. La salvación no es otra cosa que la recomposición en Cristo del designio de Dios. Qué alegría nos debe dar todo intento de integrar y unir la comunidad. Lo definitivo es la unidad entre todos los carismas derramados por el Espíritu en la Iglesia. La Eucaristía contribuye a que todos pongan al servicio de todos sus dones y servicios.

Silencio. De pie.

Canto

1. Todos unidos formando un solo Cuerpo,
un Cuerpo que en la Pascua nació;
miembros de Cristo en Sangre redimidos,
Iglesia peregrina de Dios.

Vive en nosotros la fuerza del Espíritu
que el Hijo desde el Padre envió,
Él nos conduce, nos guía y alimenta,
Iglesia peregrina de Dios.

2. Rugen tormentas y a veces nuestra barca
parece que ha perdido el timón.
Miras con miedo, no tienes confianza,
Iglesia peregrina de Dios.

Una esperanza nos llena de alegría;
presencia que el Señor prometió.
Vamos cantando, Él viene con nosotros,
Iglesia peregrina de Dios.

**Somos en la tierra, semilla de otro reino,
somos testimonio de amor.
Paz para las guerras y luz entre las sombras
Iglesia peregrina de Dios.(2)**

Oración comunitaria

Animador:

Oremos, hermanos, a Dios Padre, por medio de Jesucristo, su Hijo, que se entregó por la salvación de todos:

V. Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar.
R. En el Cielo, en la tierra y en todo lugar.

Lector:

1. Para que los pastores y los demás fieles sean en el mundo anuncio claro y sacramento eficaz de la salvación que Dios prepara a todos los hombres y a los que vivimos en esta Ciudad. **Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. R.**
2. Para que los hombres y mujeres de nuestra Ciudad, en un esfuerzo por encontrar a Dios, descubran con gozo que el Señor no está lejos de cada uno de ellos. **Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. R.**
3. Para que los que sufren en nuestra patria por la pobreza o el hambre, obtengan un mayor desarrollo y gocen de la paz, y así reciban con mayor facilidad el anuncio del Evangelio. **Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. R.**
4. Para que nosotros seamos luz del mundo y sal de la tierra en nuestra Ciudad, y así la gente que nos rodea, al ver nuestras buenas obras, dé gloria también al Padre del Cielo. **Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. R.**

Animador:

Confiando en la Palabra del Señor, y con la certeza de que las tinieblas no vencen la luz, pidamos al Padre que venga sobre nosotros su Reino: Padre nuestro.

III. Bendición

El ministro se acerca al altar y dice:

V. Les diste pan del cielo.

R. Que contiene en sí todo deleite.

V. Oremos. Señor nuestro Jesucristo,
que en este Sacramento admirable nos dejaste
el memorial de tu pasión, concédenos venerar de tal modo
los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre,
que experimentemos constantemente en nosotros
los frutos de tu redención.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Si quien preside es un ministro ordenado, se da la bendición. Si es un laico, se omite, y simplemente se dicen las invocaciones.

Invocaciones

- V.** Bendito sea Dios.
Bendito sea su santo nombre.
Bendito sea Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre.
Bendito sea el nombre de Jesús.
Bendito sea su Sacratísimo Corazón.
Bendita sea su Preciosísima Sangre.
Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.
Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.
Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.
Bendita sea su gloriosa Asunción.
Bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre.
Bendito sea San José, su castísimo esposo.
Bendito sea Dios en sus ángeles y en sus santos.
- R.** **Bendito sea Dios.**

Y se reserva al Santísimo del modo acostumbrado, acompañando con un canto.

Al término, se puede hacer este saludo a la Virgen María:

Animador:

A la Virgen María, que su humilde seno maternal fue el primer santuario de la Eucaristía, saludémosla con las palabras del Ángel Gabriel.

- R.** **Dios te salve María, llena de gracia; el Señor está contigo,
bendita eres entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.
Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.**

Oración conclusiva

- V.** Oremos. ¡Oh Virgen María! Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, Gloria del pueblo cristiano, alegría de la Iglesia universal y salud del mundo, ruega por nosotros y despierta en todos nosotros la devoción hacia la Santísima Eucaristía, para que seamos dignos de comulgar frecuentemente.

- R.** Amén.

Animador:

- V.** El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

- R.** Amén.